

CAPITULO IV.

**'No hay mal para el amor correspondido,
no hay bien que no sea mal para el ausente.**

LISTA.

A la conclusion de una larga calle de Naranjos y Tamarindos, sentados muellemente en un tronco de Palma, estaban Carlota y su amante la tarde siguiente á aquella en que llegó este á Bellavista, y se entretenian en una conversacion al parecer muy viva. Te repito, decía el jóven, que negocios indispensables de mi comercio me precisan á dejarte tan pronto, bien á pesar mio.

¿Con que veinte y cuatro horas solamente has querido permanecer en Bellavista? contestó la doncella con cierto aire de impaciencia. Yo esperaba que fuesen mas largas tus visitas: de otro modo no hubiera consentido en venir, Pero no te marcharas hoy, éso no puede ser. Cuatro dias mas, dos por lo menos.—Ya sabes que te dejé hace ocho para ir al Puerto de Guanaja, al cual acababa de llegar un buque consignado á mi casa. El cargamento debe ser trasportado á Puerto-Príncipe y es indispensable hallarme yo alli: mi padre con su edad y sus dolencias es ya poco propósito para atender á tantos negocios con la actividad necesaria. Pero escucha Carlota, te ofrezco volver dentro de quince dias. ¡Quince dias! exclamó Carlota con infantil impaciencia; Ah! no, papá tiene proyectado un pascó á Cubitas, con el doble objeto de visitar las estancias (1) que tie-

(1) Se da el nombre de estancias á las posesiones pequeñas de labranza, pero en Cubitas se llaman así.

ne allí, y que veamos Teresa y yo las famosas cuevas (1) que tu tampoco has visto. Este viaje está señalado para dentro de ocho días y es preciso que vengas para acompañarnos,

Iba Enrique á contestar cuando vieron venir hacia ellos al mulato que hemos presentado al lector en el primer capítulo de esta historia.

Es hora de la merienda, dijo Carlota, y sin duda papá envía á Sab para advertirnoslo.—Sabes que me agrada ese esclavo? repuso Enrique aprovechando con gusto la ocasión que se le presentaba de dar otro giro á la conversacion. No tiene nada de la abyeccion y groseria que es comun en gentes de su especie, por el contrario,

particularmente los plantíos de Yucas; raíz blanca y dura, de la que se hace una especie de pan llamado casabe. En cada una de estas estancias hay regularmente su choza en la que habita el mayoral, y estas chozas forman el caserio de las aldeas de Cubitas.

(1) Las cuevas de Cubitas son una obra admirable de la naturaleza, y dignas de ser visitadas. Mas adelante hablaremos de ellas con alguna mas extension.

tiene aire y modales muy finos y aun me atreveria á decir nobles.

Sab no ha estado nunca confundido con los otros esclavos, contestó Carlota, se ha criado conmigo como un hermano, tiene suma aficion á la lectura y su talento natural es admirable.

Todo eso no es un bien para él, repuso el ingles, porque ¿para que necesita del talento y la educacion un hombre destinado á ser esclavo?

Sab no lo será largo tiempo, Enrique: Creo que mi padre espera solamente á que cumpla 25 años para darle libertad.

Segun cierta relacion que me hizo de su nacimiento, añadió el jóven sonriéndose, sospecho que tiene ese mozo, con algun fundamento, la lisonjera presuncion de ser de la misma sangre que sus amos.

Asi lo pienso yo tambien porque mi padre le ha tratado siempre con particular distincion, y aun ha dejado traslucir á la familia que tiene motivos poderosos para creerle hijo de su difunto hermano D. Luis. Pero silencio!.. ya llega.

El mulato se inclinó profundamente delante de su joven señora y avisó que la aguardaban para la merienda. Además, añadió, el cielo se va obscureciendo demasiado y parece amenazar una tempestad.

Carlota levantó los ojos y viendo la exactitud de esta observación mandó retirarse al esclavo diciéndole que no tardarían en volver á la casa. Mientras Sab regresaba á ella, internándose entre los árboles que formaban el paseo, volvióse hacia su amante y fijando en él una mirada suplicatoria, y bien, le dijo, vendrás pues para acompañarme á Cubitas?

Vendré dentro de quince días: no son lo mismo quince que ocho?

Lo mismo! repitió ella dando á sus bellos ojos una notable expresión de sorpresa: pues qué! ¿no hay siete días de diferencia? ¡Siete días, Enrique! Otros tantos he estado sin verte en esta primera separación y me han parecido una eternidad. No has experimentado tú cuán triste cosa es ver salir el sol, un día y otro, y otro... sin que pueda disipar las tinieblas del corazón, sin traer-

nos un rayo de esperanza... porque sabemos que no veremos con su luz el semblante adorado? Y luego, cuando llega la noche, cuando la naturaleza se adormece en medio de las sombras y las brisas, no has sentido tu corazón inundarse de una ternura dulce, indefinible como el aroma de las flores?... ¿No has experimentado una necesidad de oír la voz querida en el silencio de la noche? ¿No te ha agobiado la ausencia, ese mal estar continuo, ese vacío inmenso, esa agonia de un dolor que se reproduce bajo mil formas diversas, pero siempre punzante, inagotable, insufrible.

Una lágrima empañó los ojos de la apasionada criolla, y levantándose del troncón en que se hallaba sentada entróse por entre los naranjos que formaban un bosquecillo hacia la derecha, como si sintiese la necesidad de dominar un exceso de sensibilidad que tanto le hacía sufrir. Siguióla Enrique paso a paso, como si temiese dejar de verla sin desear alcanzarla, y pintábase en su blanca frente y en sus ojos azules una expresión particular de duda é indecisión.

Hubiérase dicho que dos opuestos sentimientos, dos poderes enemigos dividían su corazón. De repente detúvose, quedóse inmóvil mirando de lejos á Carlota, y escapóse de sus labios una palabra... pero una palabra que revelaba un pensamiento cuidadosamente disimulado hasta entonces. Espantado de su imprudencia tendió la vista en derredor para cerciorarse de que estaba solo, y agitó al mismo tiempo su cuerpo un ligero estremecimiento. Era que dos ojos, como ascuas de fuego, habían brillado entre el verde obscuro de las hojas, flechando en él una mirada espantosa. Precipitóse hácia aquel paraje porque le importaba conocer al espía misterioso que acababa de sorprender su secreto, y era preciso castigarle ú obligarle al silencio. Pero nada encontró. El espía sin duda se deslizó por entre los árboles, aprovechando el primer momento de sorpresa y turbación que su vista produjera.

Enrique se apresuró entonces y logró reunirse á su querida, á tiempo que esta atravesaba el umbral de la casa, en donde les

esperaba D. Carlos servida ya la merienda.

La noche se acercaba mientras tanto, pero no serena y hermosa como la anterior, sino que todo anunciaba ser una de aquellas noches de tempestad que en el clima de Cuba ofrecen un carácter tan terrible.

Hacia un calor sofocante que ninguna brisa temperaba; la atmósfera cargada de electricidad pesaba sobre los cuerpos como una capa de plomo: las nubes, tan bajas que se confundían con las sombras de los bosques, eran de un pardo oscuro con anchas bandas de color de fuego. Ninguna hoja se estremecía, ningún sonido interrumpía el silencio pavoroso de la naturaleza. Bandadas de auras (1) poblaban el aire, oscureciendo la luz rojiza del sol poniente; y los perros baja y espeluznada la

(1) El aura es ave algo parecida al cuervo, pero mas grande. Cuando amenaza la tempestad innumerables bandadas de estas aves pueblan el aire, y por lo bajo de su vuelo conocen los del pais la densidad de la atmósfera.

cola, abierta la boca, y la lengua seca y encendida, se pegaban contra la tierra; adivinando por instinto el sacudimiento espantoso que iba á sufrir la naturaleza.

Estos síntomas de tempestad, conocidos de todos los cubanos, fueron un motivo mas para instar á Otway dilatase su partida hasta el dia siguiente por lo menos. Pero todo fué inútil y se manifestó resuelto á partir en el momento, antes que se declarase la tempestad. Dos esclavos recibieron la orden de traer su caballo, y D. Carlos le ofreció á Sab para que le acompañase. Estaba determinado con anterioridad que el mulato partiese al dia siguiente á la ciudad á ciertos asuntos de su amo, y haciéndole anticipar algunas horas su salida proporcionaba éste á su futuro yerno un compañero práctico en aquellos caminos. Agradeció Enrique esta atencion y levantándose de la mesa, en la que acababan de servirles la merienda, segun costumbre del pais en aquella época, se acercó á Carlota que con los ojos fijos en el cielo parecia examinar con inquietud

desde una ventana, los anuncios de la tempestad cada vez mas próxima.

A Dios, Carlota, le dijo tomando con cariño una de sus manos, no serán quince los dias de nuestra separacion, vendré para acompañarte á Cubitas.

Si, contestó ella, te espero, Enrique.... pero, ¡Dios mio! añadió estremeciéndose y volviendo á dirigir al cielo los hermosos ojos, que por un momento fijara en su amante. Enrique, la noche será horrorosa... la tempestad no tardará en estallar... ¿por qué te obstinas en partir? Si tu no temes hazlo por mí, por compasion de tu Carlota.... Enrique, no te vayas.

El inglés observó un instante el firmamento y repitió la orden de traerle su caballo. No dejaba de conocer la proximidad de la tormenta, pero convenia á sus intereses comerciales hallarse aquella noche en Puerto-Príncipe, y cuando mediaban consideraciones de esta clase ni los rayos del cielo, ni los ruegos de su amada podian hacerle vacilar: porque educado segun las reglas de codicia y es-

peculacion, rodeado desde su infancia por una atmósfera mercantil, por decirlo así, era exacto y rígido en el cumplimiento de aquellos deberes que el interés de su comercio le imponía.

Dos relámpagos brillaron con⁷ cortísimo intervalo seguidos por la detonación de dos truenos espantosos, y una palidez mortal se extendió sobre el rostro de Carlota que miró á su amante con indecible ansiedad. D. Carlos se acercó á ellos haciendo al joven mayores instancias para que difiriese su partida, y aun las niñas hermanas de Carlota se agruparon en torno suyo y abrazaban cariñosamente sus rodillas rogándole que no⁸ partiese. Un solo individuo de los que en aquel momento encerraba la sala permanecía indiferente á la tempestad, y á cuanto le rodeaba. Este individuo era Teresa que apoyada en el antepecho de una ventana, inmóvil é impassible, parecia sumergida en profunda distraccion.

Cuando Enrique sustrayendose á las instancias del dueño de la casa, á las im-

portunidades de las niñas y á las mudas súplicas de su querida, se acercó á Teresa para decirla á Dios, volvióse con un movimiento convulsivo hácia él, asustada con el sonido de su voz.

Enrique al tomarla la mano notó que estaba fria y temblorosa, y aun creyó percibir un leve suspiro ahogado con esfuerzo entre sus labios. Fijó en ella los ojos con alguna sorpresa, pero habia vuelto á colocarse en su primera postura, y su rostro frio, y su mirada fija y seca, como la de un cadáver, no revelaban nada de cuanto entonces ocupaba su pensamiento y agitaba su alma.

Enrique montó á Caballo: solo aguardaba á Sab para partir, pero Sab estaba detenido por Carlota que llena de inquietud le recomendaba su amante.—Sab, le decia con penetrante acento, si la tempestad es tan terrible como presagian estas negras nubes y esta calma espantosa, tú, que conoces á palmo este pais, sabrás en donde refugiarte con Enrique. Porque por solitarios que sean estos campos no faltará un bo-

hio (1) enque poneros al abrigo de la tormenta. Sabí yo te recomiendo mi Enrique.

Un relámpago mas vivo que los anteriores, y casi al mismo tiempo el estampido de un trueno, arrancaron un débil grito á la tímida doncella, que por un movimiento involuntario cubrió sus ojos con ambas manos. Cuando los descubrió y tendió una mirada en derredor vió cerca de si á sus hermanitas, agrupadas en silencio unas contra otras y temblando de miedo, mientras que Teresa permanecía de pie, tranquila y silenciosa en la misma ventana en que habia recibido la despedida de Enrique. Sab no estaba ya en la sala. Carlota se levantó de la butaca en que se habia arrojado casi desmayada al estampido del trueno, é intentó correr al patio en que habia visto á Enrique montar á caballo un momento antes, y en el cual le suponía aun: pero en el mismo instante oyó la voz de su padre que deseaba á los que partían

(1) Bohío: choza ó cabaña.

un buen viage, y el galope acompasado de dos caballos que se alejaban. Entonces volvió á sentarse lentamente y exclamó con dolorido acento. Dios mio! se padece tanto siempre que se ama? ¿aman y padecen del mismo modo todos los corazones ó has depositado en el mio un gérmen mas fecundo de afectos y dolores?... Ah! si no es general esta terrible facultad de amar y padecer, cuán cruel privilegio me has concedido!... porque es una desgracia, es una gran desgracia sentir de esta manera.

Cubrió sus ojos llenos de lágrimas y gimió: porque levantándose de improviso allá en lo mas íntimo de su corazon no sé que instinto revelador y terrible, acababa de declararle una verdad, que hasta entonces no habia claramente comprendido: que hay almas superiores sobre la tierra, privilegiadas para el sentimiento y desconocidas de las almas vulgares: almas ricas de afectos, ricas de emociones... para las cuales estan reservadas las pasiones terribles, las grandes virtudes, los inmensos pesares.... y que el alma de Enrique no era una de ellas.